

# Cantadoras

Cuidar el buen morir y vivir en Bojayá



## Investigación y compilación

Natalia Quiceno Toro, Adriana Marcela Villamizar Gelves, Andrea García Becerra, Ana María Henao Buitrago, Isabel González Arango, Camila Salamandra Arriaga.

## Fotografía

Federico Ruiz - <http://federicoruiz.com>, Adriana Marcela Villamizar, Natalia Quiceno Toro, César Romero - [@cesar.com](mailto:@cesar.com), Germán Arango “Luckas Perro”.

## Corrección de estilo

Miguel Botero

## Diseño y diagramación

Alicia Reyes Londoño  
Valentina Neira Yezpez

## Con apoyo

Universidad de Antioquia, Fondo Primer Proyecto CODI Vicerrectoría de Investigación, Vicerrectoría de Extensión (Buppe Innovación Social), Unidad de Innovación, Instituto de Estudios Regionales, Grupo Cultura, Violencia y Territorio, Pontificia Universidad Javeriana, Artesanías Choibá, Artesanías Guayacán, Seglares Claretianas Medio Atrato, Red Departamental de Mujeres Chocoanas, Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, COCOMACIA, Cantadoras de Bojayá, Pastoral Social Diócesis de Quibdó, Fundación Universidad de Antioquia.

## ISBN

Impreso: 978-958-5526-99-0

Digital: 978-958-5596-00-9

## Impresión

Impregón, <https://impregon.com/>

2019

[www.iner.udea.edu.co](http://www.iner.udea.edu.co)



# Presentación

“ Las mujeres negras han estado siempre presentes en las luchas por la liberación y por la dignidad de los pueblos afrodescendientes en las Américas. Su papel activo en las reivindicaciones afrodiaspóricas se ha reconocido algunas veces, mientras que otras se ha invisibilizado e incluso negado. En Colombia es necesario reconocer los múltiples aportes económicos, políticos y culturales que han hecho y hacen las mujeres negras a la imaginación y construcción de la vida y nuevos mundos. Esfuerzos por reconocer y teorizar estas prácticas son evidentes en los trabajos de Mara Viveros, Juana Camacho, Nina de Friedeman, Aurora Vergara, Betty Ruth Lozano, Paula Balduino, Libia Grueso, Doris Lamus, Charo Mina, Natalia Santiesteban y un creciente número de mujeres negras lideresas, parteras, científicas, intelectuales e investigadoras que han expandido estas preguntas en diversas regiones del país y campos de la ciencia.

Estas historias son el resultado del proyecto *Caminos y cantos de lucha: trayectorias de mujeres Atrateñas* desarrollado desde el grupo de investigación Cultura, Violencia y Territorio del Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia en alianza con la Universidad Javeriana de Bogotá y varios colectivos de mujeres en el Atrato: Artesanías Choibá, La Red departamental de Mujeres Chocoanas, La Ruta Pacífica de las Mujeres Chocó, Las Seglares Claretianas en la ciudad de Quibdó, y Artesanías Guayacán y el grupo de Cantadoras de alabados en el Municipio de Bojayá. El proyecto fue financiado por el Comité para el desarrollo de la investigación de la Universidad de Antioquia CODI desde el fondo apoyo a primer proyecto.

La propuesta central de este proyecto fue recopilar voces y recorridos de las mujeres Atrateñas para reconocer las formas y oficios desde los cuales se ha resistido a la guerra y otras violencias. En la reconstrucción de las trayectorias de los colectivos de mujeres en el Atrato se hacen evidentes las formas como los procesos de transmisión de saberes ancestrales tienen hoy continuidad más allá de los territorios de procedencia y se actualizan articulados a las luchas cotidianas.

Las Atrateñas crean constantemente nuevos planos temporales y espaciales de resistencia desde el canto, la organización, la defensa del territorio, el cuidado, el trabajo con la familia, el trabajo textil y la cocina. Sus múltiples posiciones para resistir a la guerra, al machismo a la explotación laboral, al sexismo, entre otros modos de opresión, nos interesaron como claves de lectura. Diversos modelos de organización y articulación aparecieron como alternativas para hacer visible el trabajo colectivo y la experiencia de las mujeres en este territorio.

Colectivos de artesanas, comisiones al interior de las organizaciones étnico territoriales, redes, comités y plataformas hacen las veces de arquitecturas para acoger y crear nuevos espacios donde las mujeres imaginan alternativas para la vida en medio de condiciones de precariedad y conflicto armado. Los caminos, ríos y lugares que se configuran en relación con las historias de estas mujeres son muy diversos, sin embargo, todas tienen en común un río, el Atrato.

Las trayectorias y movimientos de estos colectivos hablan de relaciones, pero no solo de relaciones con el espacio que se transita o los caminos que se recorren. Se trata de relaciones y trayectorias que hacen a las mujeres, configuran sus vidas, cuerpos y memorias. A su vez, esas relaciones crean lo que podríamos llamar “redes de cuidado” o redes de lucha. En el Atrato fue constante que una mujer nos llevara a otra, que de las organizaciones de víctimas o defensoras de derechos humanos pasáramos a un grupo de tejedoras y artesanas, a una mujer pescadora o una cantadora. Son redes que crecen a medida que los conflictos, despojos y amenazas en la región también crecen. Fueron muchas las mujeres que podríamos seguir contactando, conociendo y de las cuales podríamos seguir aprendiendo, pero tocaba parar, volver y hacer un zoom sobre algunas de estas historias para escuchar con atención lo que ellas nos enseñan.

En esta serie de cuadernos quisimos acercarnos a las historias de esos colectivos, pero a su vez privilegiar las voces de algunas de sus representantes, comprender cómo esas experiencias subjetivas se articulaban y hacían también los procesos organizativos. Sabemos bien que no todas están aquí retratadas, que faltan muchas historias por contar. Sabemos también que reconstruir las experiencias de las mujeres Atrateñas pasa por reconocer la diversidad étnica, el lugar de las mujeres indígenas y mestizas, sin embargo, este ejercicio constituye un primer acercamiento que evidencia la riqueza de sus trayectorias y lo poco que conocemos a las mujeres en el Atrato. Una motivación para continuar trabajando y, tal vez, seguir esta apuesta con nuevos colectivos, con mujeres jóvenes, mujeres indígenas y mestizas. ”



---

A la memoria de Marielle Franco por ser semilla de lucha de las mujeres negras en  
Latinoamérica.

*Cuando estábamos escribiendo estas pequeñas historias sobre las luchas cotidianas de las mujeres negras en el Atrato fue asesinada en un acto de terror y exterminio político la concejala de Río de Janeiro Marielle Franco, una mujer negra, feminista, socióloga de las favelas de Río, luchadora incansable contra el racismo y el orden biopolítico que autoriza el exterminio de la población negra. Ella, que optó con coraje por la vida pública, la política desde la primera fila, se negó a ser cómplice de la intervención militar decretada en la ciudad de Río de Janeiro a comienzos de 2018. Contra una vida militarizada luchó hasta que un arma, de ese gran aparato militar que es el Estado, acabó con la suya. Su legado está en cada mujer negra que sigue luchando por un territorio sin minas, un barrio sin tanquetas, un río sin bloqueos.*

*Y hoy, 2019, nos seguimos preguntando*

*Quem mandou matar Marielle?*

---



Para cantar un alabado en el Atrato hay que poner o responder el canto, hay que poner la fuerza para acompañar a los dolientes de quien se fue, vibrar con otros y conectar las almas de los vivos y los muertos. El alabao, en tanto canto colectivo para acompañar la muerte, exige el encuentro y la relación entre mujeres de diversas generaciones y, en muchos casos, de diferentes procedencias.

Para hacerse cantadora, además de confiar en las otras, hay que confiar y reconocer la potencia personal. Quien no se atreve con seguridad a “poner” o a responder el canto, difícilmente reconoce su poder interior para acompañar la muerte, su poder para armonizar el mundo.

Esta potencia del canto y las cantadoras no solo ha servido para los momentos rituales, cuando la muerte llama a algún ser querido o cuando los armados se atreven a arrebatarse la vida. También las cotidianidades, las trayectorias y los lugares habitados por ellas en el Atrato están llenos de esa vitalidad y de esa capacidad para congregarse, reparar y curar. En los últimos años el canto ha propiciado importantes escenarios para la organización de las mujeres atrateñas, pues mediante ellos se han creado procesos organizativos locales que se salen de los marcos jurídicos y estatales preestablecidos.

El grupo de alabadoras de Pogue en Bojayá es uno de esos escenarios donde lo comunitario y lo político se sobrellevan de otras maneras. Desde el 2002, este colectivo comenzó a cuidar de los muertos de la masacre del 2 de mayo de Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, a través de la creación de nuevos cantos y composiciones donde narraban las causas de ese hecho que fragmentó al pueblo bojayaseño. A partir de ahí, han continuado en la creación de nuevos versos que exigen y denuncian las situaciones de desigualdad y vulnerabilidad a las que se ven expuestas en sus ríos, dando vida a una forma de hacer política que, al estar sustentada en lógicas y prácticas tradicionales y culturales afro, escapa a las formas clásicas de participación femenina impuestas por las políticas públicas de género y mujeres, donde el “empoderamiento” y los “derechos” de las mujeres se agotan en la incidencia en esferas institucionales ya creadas. Para ellas, el canto y el alabao son mecanismos que les permiten reelaborar los mundos contemporáneos atrateños, generar espacios de organización colectiva y de acción política para las mujeres, y cuidar las melancolías y las memorias colectivas e individuales de su pueblo.



# Ereiza Palomeque

Una luna maravillosa se alzaba en el cielo de Pogue, iluminaba los rincones oscuros de la selva y las aguas del río y se paraba espléndida para que el pueblo admirara su belleza, que no alcanzaba a ser opacada por las luces artificiales. Los niños y niñas, mientras gozaban de su presencia, jugaban al son de cuentos, versos, chistes y rondas. Así era la vida en ese pueblo, así se vivía la niñez, así recuerda Ereiza Palomeque su infancia, llena de cielos hermosos, de cantos y de cuentos ¡Era tan sana la vida!

Pero esos juegos de infancia no eran solo juegos. En este pueblo, los versos significaban mucho más. Cantar era una vieja costumbre que la gente grande usaba en varios momentos de la vida: cuando hacían sus quehaceres, cuando caminaban al río o se embarcaban, y lo más importante, cuando alguien moría.

*“Oiga señor presidente  
hágasenos para acá  
Y con esos otros grupos  
díganos qué va a pasar  
Y con esos otros grupos  
díganos qué va a pasar*

*Con esta nos despedimos,  
no dejamos de pensar,  
las víctimas de Colombia  
no las podemos olvidar  
Las víctimas de Colombia  
no las podemos olvidar”*

Cantadoras de Pogue en  
firma del Acuerdo de Paz en  
Cartagena 2016







Sí, la muerte era otra de las esferas de la vida que se arrullaban con cánticos. Esto lo entendió Ereiza mientras veía a su padre, Rangel Palomeque, cantar y contar chistes maravillosos en las novenas que se celebraban después de un velorio. Comprender la importancia de acompañar la muerte con alabos para que los difuntos pudieran reposar tranquilos, y entender que cantar y echar chistes era una forma de compartir el dolor por la ausencia de alguien, fueron acciones que la emocionaron tanto que, cuando veía a alguien cantar y rezar, sentía algo en su interior diciéndole que ella misma debía apoderarse de los versos. Entre juegos y risas, entre la vergüenza de la primera vez y las miradas expectantes, Ereiza cantó su primer alabado cuando tenía doce años. Justo al terminar su presentación la gente supo que ella iba a seguir con la tradición de su padre e iba a ser cantadora.

Además de la importancia del canto, las niñas como Ereiza aprendían sobre la tierra y la siembra, sobre oficios como la costura, el cuidado de plantas medicinales y la cocina, y sobre actividades como la pesca, que también formaban parte de la cotidianidad del pueblo, pues no se trataba solo de ir por pescados, sino de un espacio para compartir con la comunidad y comunicar las noticias del pueblo. Al pescar, por ejemplo, las mujeres se desahogaban con sus compañeras, se contaban sus males y, como era de esperarse, echaban chistes y cantaban; entre el anzuelo, el calandro y los numerosos guacucos, roizos, charres o bocachicos que ofrecía el río para el alimento diario, las mujeres afianzaban sus lazos de comadrazgo. Estos fueron espacios donde Ereiza construyó un fuerte arraigo con su pueblo que después la llevaría a convertirse en una gran lideresa cuidadora y defensora de este.

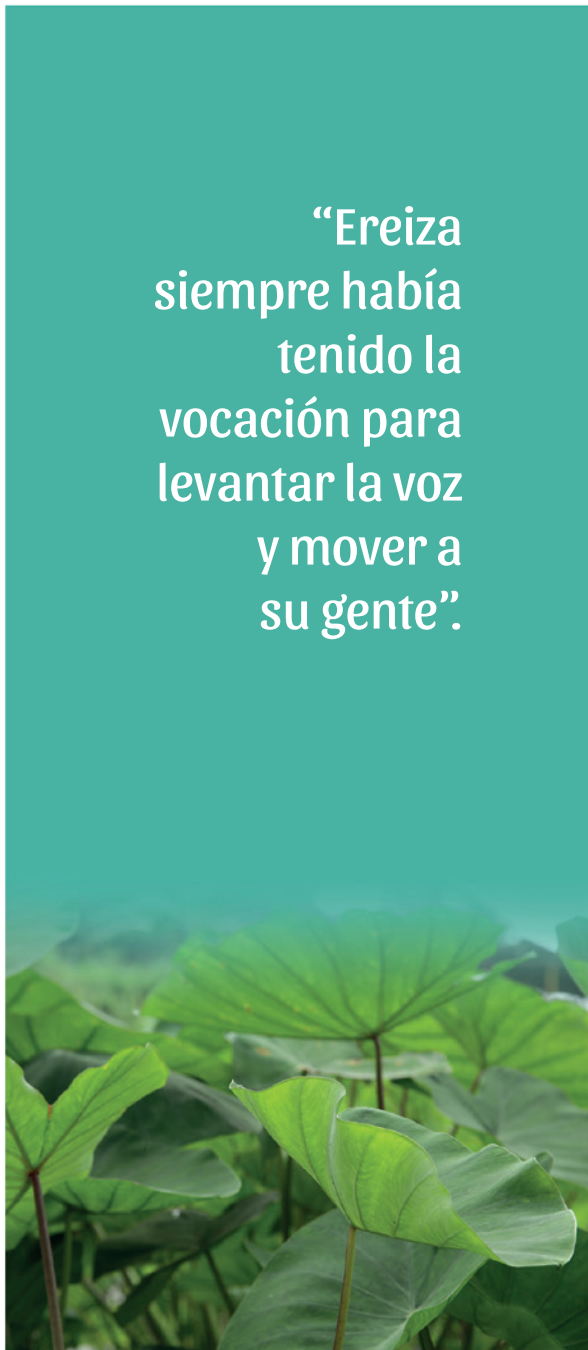
Las primeras muestras de liderazgo ocurrieron en los años ochenta, cuando ella ya tenía marido y algo comenzó a inquietar a la gente de Pogue y otros pueblos del río Atrato. La empresa Maderas del Darién, que ya había entrado a la región del Bajo Atrato, venía marcando los árboles de sus territorios y aunque nadie conocía el motivo todos sospechaban que se trataba de algo malo, pues esa tierra era de sus ancestros y los vecinos indígenas. Fue entonces cuando decidieron consultar a Gonzalo de la Torre, padre claretiano que motivó la formación de muchas organizaciones y colectivos para la defensa del territorio atrateño a mediados de los años 80. De su voz y de la de otros miembros de los grupos misioneros se supo que la empresa quería tumbar esos árboles para extraer y comercializar la madera. Con la intención de no dejar que esta actividad económica pusiera en riesgo la vida en sus territorios o que sus tierras les fueran arrebatadas, los pueblos del Atrato se unieron y conformaron la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA).



Cuando la noticia llegó a Pogue, Ereiza sintió que no podía quedarse de brazos cruzados. Su amor por el pueblo, su espíritu activo y despierto, su carácter fuerte y capacidad para comunicar sus posiciones hizo que ella, con ayuda de la Diócesis de Quibdó que la apoyó con los recursos para transportarse, fuera la primera mujer pogueña en ir a una asamblea de la ACIA. Así llegó a Puné, lugar donde se llevó a cabo la segunda reunión general de la Asociación, allí se dio cuenta que, además de cantadora, también podría convertirse en una lideresa de su comunidad.

Ereiza siempre había tenido la vocación para levantar la voz y mover a su gente, por eso, cuando comenzó a hacer parte de los procesos organizativos y a enterarse de los conflictos en su territorio no dudó en embarcarse en esa travesía e incluir en ellos la preocupación por la poca participación de las mujeres. A partir de aquí ella se propuso crear espacios para que sus amigas, vecinas y familiares se encontraran. Por ejemplo, las llamaba para que leyeran la biblia juntas, planeaba actividades para limpiar el pueblo, las convidaba a pescar y las invitaba a reuniones en su casa para conversar sobre la defensa del territorio. Sin embargo, pocas veces las mujeres del pueblo asistían a sus reuniones y, por el contrario, preferían esperar a que Ereiza trajera la información para enterarse de todo. Esta actitud hacía que ella, en algunas ocasiones, quisiera desistir en sus intentos por fortalecer el trabajo comunitario femenino, no entendía por qué si las mujeres eran unas de las principales protagonistas en el cuidado del territorio, no participaban continuamente de los espacios de decisión; aunque en el pueblo existían otros líderes y procesos organizativos, su verdadero anhelo era que otras mujeres tuvieran presencia allí.

“Ereiza siempre había tenido la vocación para levantar la voz y mover a su gente”.





“Muchos hombres del pueblo, al conocer su discurso, continuaban señalándola, hubo quienes llegaron a decir que su objetivo era 'someter a las mujeres' ”.



En medio del desencanto, también eran recurrentes las preguntas de su marido ¿Por qué siempre tenía que ser ella? ¿Por qué no podía ir alguien más en representación de las mujeres? Para Ereiza estos cuestionamientos, más que detener su espíritu de liderazgo, la hacían pensar en la necesidad de indagar qué detenía a las otras mujeres y a qué le tenían miedo. Después de encuentros y diálogos con ellas, vislumbró que sus compañeras les temían a sus maridos, muchos de ellos no "les daban permiso" para asistir, todavía en Pogue existía la creencia de que las "mujeres de bien no debían dejar su casa". Incluso, en esas conversas se dio cuenta que había quienes la criticaban por sus constantes salidas y vocerías en los espacios organizativos y la señalaban como "una mala mujer", tanto hombres y mujeres cuestionaban a su marido por "permitir esas actitudes" y su "falta de adoctrinamiento" para que ella se quedara en la casa.

Ereiza, como buena líder, se ingeniaba estrategias para hacer frente a estos señalamientos y motivar otras discusiones en las mujeres de la comunidad. Seguía organizando reuniones en su casa y entre chistes, risas y cuentos, compartía con las mujeres sus preocupaciones por la dependencia de los hombres y por la invisibilización de sus actividades, oficios y capacidades como mujeres. Muchos hombres del pueblo, al conocer su discurso, continuaban señalándola, hubo quienes llegaron a decir que su objetivo era "someter a las mujeres".





Pero ella tenía sus convicciones muy claras, continuaba asistiendo sin falta a las reuniones de la ACIA y motivando a las mujeres a participar allí. Prefería hacer oídos sordos a las críticas del pueblo. No obstante, en estas reuniones también tenía que enfrentarse a otras actitudes que dejaban entrever un machismo presente dentro de la misma organización. Ereiza se daba cuenta que, por lo general, en los encuentros las mujeres no hablaban mucho y se limitaban a oír lo que los hombres decían para luego aprobarlo. Le resultaba extraño que en la organización se plantearan propuestas colectivas y consensos, pero las mujeres parecían solo hacer presencia y no ser tomadas en cuenta para las decisiones, parecían ser llamadas únicamente para "estar siempre de acuerdo" con lo que ellos dijeran.

Por esos mismos años, además de la ACIA, los grupos de misioneros y misioneras llegaron al Atrato y formaron las Comunidades Eclesiales de Base (CEB), unos grupos de oración donde mujeres y hombres iban a rezar y conversar sin prejuicios. En estos encuentros, ella y otras mujeres encontraron un escenario para mostrar y comunicar sus pensamientos, capacidades y fuerza. La potencia de sus oraciones estaba cargada de reflexiones profundas sobre el territorio y las problemáticas que en él vivían.

Al entrar a la década de los noventa, la región comenzó a verse amenazada no solo por las empresas explotadoras de madera y recursos naturales, sino por la inserción de diferentes grupos armados que empezaban a hacer presencia en sus ríos e irrumpir la cotidianidad de los poblados. Es así como organizarse y crear espacios para la exigencia de una atención prioritaria comenzaron a ser acciones más que necesarias, pues la defensa del territorio se extendió hasta la defensa de la vida misma. Por eso, las comunidades negras aprovecharon el escenario de discusión a nivel nacional sobre el cambio de la carta constitucional para reclamar como grupos étnicos el reconocimiento diferenciado por parte del Estado. Mediante la inclusión del Artículo Transitorio 55 en la Constitución de 1991, estas comunidades logran, en 1993, la firma de la Ley 70 que reconoce su posesión colectiva sobre los territorios que ancestralmente habían ocupado, pero para ello las comunidades debían constituirse como Consejos Comunitarios.



En el Atrato, los Consejos Comunitarios comienzan a ser una herramienta para que las comunidades, en medio de enfrentamientos armados, desplazamientos forzados y otras acciones bélicas, empezaran a presionar al Estado para que atendiera las necesidades de su territorio, por lo menos desde una adjudicación y protección a sus tierras que impidiera la ocupación de los armados. La ACIA, por ejemplo, decidió cambiar su carácter organizativo como Asociación y constituirse como Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA).

La formación de estos Consejos, si bien fue una discusión que se extendió a lo largo del Atrato para evitar la llegada de nuevos actores, no fue suficiente para frenar las manifestaciones de la violencia. En ese tiempo varias personas de la comunidad fueron asesinadas, los niños eran reclutados y, por miedo, mucha gente fue desterrada de sus comunidades. Eso ocurrió en Pogue, donde ni los recuerdos de infancia, ni el arraigo por los familiares y amigos difuntos enterrados en el cementerio, impidieron que las familias se fueran del pueblo de manera masiva en el año 2005.

“La formación de estos Consejos, si bien fue una discusión que se extendió a lo largo del Atrato para evitar la llegada de nuevos actores, no fue suficiente para frenar las manifestaciones de la violencia”.





“Ante tanto miedo y dolor, las mujeres supieron que los alabaos y rezos podían convertirse en una forma de contar lo que sucedía”.

Ante tanto miedo y dolor, las mujeres supieron que los alabaos y rezos podían convertirse en una forma de contar lo que sucedía. Un hecho que motivó la transformación de los cantos mortuorios en un medio para gritar la injusticia y hacer que los oídos sordos del centro del país empezaran a escuchar, fue el asesinato del párroco de Bojayá, padre Jorge Luis Mazo quien había impulsado procesos como las tiendas comunitarias para confrontar los bloqueos armados de los ríos en el municipio. Otro evento que detonó la transformación del canto mortuario fue la masacre ocurrida el 2 de mayo de 2002 en Bellavista, cabecera municipal de Bojayá, en medio de un enfrentamiento entre la antigua insurgencia de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (Farc-EP) y los grupos paramilitares. En este suceso no solo murieron más de ochenta personas del pueblo, sino que también muchas de las comunidades rurales, entre ellas la pogueña, se vieron obligadas a desplazarse forzosamente de sus territorios por miedo a que ese suceso se replicara en sus poblados. Para narrar las afectaciones y conmemorar a quienes murieron ese día, Ereiza y las demás mujeres construyeron unos alabados especiales que después darían nacimiento a un grupo de alabadoras que hoy se conocen como las Cantadoras de Bojayá o Las Musas de Pogue, quienes desde el canto han narrado las problemáticas de su pueblo por más de 20 años.



Ereiza hoy vive en Bellavista porque nunca retomó a su pueblo después del destierro de 2005. Al tener que alejarse del lugar donde había crecido, de los sitios que siempre había considerado como suyos y del pueblo que tanto había cuidado, ella manifiesta con un aire de resignación que, aun cuando hoy no vive allá, no dejará de cantar y liderar acciones para proteger su tierra y su río, para defender su gran familia llamada Pogue.



# Luz Marina Cañola "La Negra"

*De mi abuela Demetria aprendí  
el canto, porque la que cantaba  
era ella, mi abuela*

La Negra recuerda que fue muy querida en su niñez. Era la única hija con tres hermanos hombres y fue la consentida del papá y de la abuela. El padre de Luz Marina era Pacho Cañola, un gran hombre del pueblo de Pogue y el río Bojayá. De sus recuerdos de infancia tiene muy presente los constantes viajes de su padre a lo que antes se conocía como Sibaté, un pueblo en la boca del río Bojayá que después dio origen a Bellavista. Su padre es recordado como músico, cultivador de plátano y banano y como compadre de muchos indígenas de la región. Los primeros viajes de La Negra fueron acompañándolo en esas correrías entre el río Bojayá y el Atrato, incluso llegaron en varias ocasiones hasta Quibdó, un viaje que duraba tres días con un motor 5 "Yo viajaba mucho con mi papá, él me traía. Mi mamá a veces no quería y mi papá insistía 'que voy a llevar a mi hija pa' que vaya conociendo'. Así fue que yo inicié a viajar y desde ahí he sido viajadora".





La Negra se crio en una finca ubicada en el río Bojayá llamada El Aguacate. Todas las semanas, su madre, Juana Dolores, y Pacho Cañola iban allí a trabajar y dejaban a sus hijos al cuidado de la abuela Demetria en el pueblo, donde poco a poco se fueron instalando. En Pogue La Negra inició sus estudios, más tarde se casó, tuvo sus hijos y se convirtió, siguiendo los pasos de su padre, en un referente importante del trabajo comunitario.

Cuando murió su madre, Luz Marina se encargó de los hermanos menores porque en Pogue se "jovenciaba" pequeña. A los doce años las niñas ya pueden tener responsabilidades de mujeres adultas y es común que desde muy jóvenes comiencen a tener sus hijos. Ese fue el

caso de La Negra, quien además de criar a sus hermanos, cogió a su primer marido muy rápido y tuvo cuatro hijos. Con este hombre se dejó al poco tiempo porque él se fue para Quibdó. Sin embargo, después ella se juntó con otro compañero que le ayudó en la crianza de sus hijos. Para La Negra criar es una práctica que implica a las personas mucho más allá del vínculo materno, por eso ella ha criado a varias personas de su familia y lo seguirá haciendo cuando sea necesario.



Una de las pocas oportunidades que había para las mujeres en Pogue al momento de elegir un oficio llegó a su casa por casualidad. Un día la vida la puso en el camino del aprendizaje del cuidar de los otros y otras, ella cuenta:

“ Estábamos en la comunidad, de pronto se apareció una mujer de mañanita, era que ella andaba promoviendo un programa materno-infantil y andaba buscando personas que quisieran acceder al programa, y que ellas le daban la capacitación. Le daban pues todo, se lo costeaban, pero había que presentar un examen de admisión, y dije bueno, yo me voy a meter, nos metimos con dos muchachas de la comunidad y por de buenas yo pasé y me fui a hacer el curso a Quibdó ”

Luz Marina viajó a Quibdó donde estudió algunos meses. Al contrario de mucha gente, nunca pretendió quedarse y, por eso, ante la noticia de que su padre se había perdido en el monte, ella regresó inmediatamente a Pogue. Aunque apareció tres días después en el río Buchadó, ella ya estaba instalada de nuevo en su casa y, para no abandonar su sueño de culminar el bachillerato, decidió estudiar a distancia. Más tarde fue nombrada promotora de salud, un oficio que desempeñó por 33 años hasta que en 2014 cambiaron las políticas de salud en Colombia y no solo se le acabó el trabajo, sino que Pogue se quedó sin puesto de salud.

“Una de las pocas oportunidades que había para las mujeres en Pogue al momento de elegir un oficio llegó a su casa por casualidad. Un día la vida la puso en el camino del aprendizaje del cuidar de los otros y otras ”.





Aun así, su espíritu de liderazgo no la ha dejado abandonar del todo a su pueblo. Cuando La Negra está en Pogue, es ella la que atiende a los enfermos "Yo he sido la médica, la cirujana, de todo en mi comunidad". Desafortunadamente, y a pesar de tantos años de servicio, la esperanza de una pensión parece lejana.

Luz Marina no solo ha sido cirujana del pueblo por sus conocimientos en enfermería. También ha contribuido a curar las heridas en su pueblo mediante los cantos. A los veinticinco años se atrevió a entonar por primera vez un alabao. Como lo hizo su abuela durante mucho tiempo, ella se arriesgó a acompañar a las mujeres mayores, quienes al escucharla la animaron a cantar más duro. La Negra cuenta que antes sentía pena, pues no sabía si tenía o no "tonada", pero una vez lo hizo, nunca lo dejó de hacer. El canto se convirtió en una pasión y una herramienta para la sanación tan importante en su vida que hoy es la coordinadora del grupo de cantadoras.

Hoy los cantos no narran las mismas cosas que ayer, hoy los cantos cuentan los problemas a los que se enfrenta el pueblo como consecuencia de la exclusión sociopolítica que históricamente ha vivido el Atrato. Habiendo sido viajera desde niña, piensa que las transformaciones del canto en el pueblo han sido una gran oportunidad tanto para visibilizar al pueblo como para que las mujeres salgan y conozcan otros lugares que nunca imaginaron. En el horizonte, como grupo, también se piensan procesos de formación para las nuevas generaciones, para fortalecer el oficio y promover el reconocimiento. Han soñado con crear una fundación en la que puedan organizarse como mujeres cantadoras. No duda en declarar que para ella el canto es pogueño y que, además, es una manera de cuidar y proteger porque es una herramienta para acompañar y ayudar al muerto a encontrar su lugar, para defender el lugar de los vivos, la vida y la comunidad "Nosotros creemos que cuando uno le canta a la persona, la persona se va en paz, baja al sepulcro tranquila, no se queda en el aire, dice uno que de una vez se va su alma a su lugar, eso es lo que pensamos nosotros".



# Oneida Orejuela Barco

“ El placer de nosotras es cantar, no sabemos si en verdad eso agrada a Dios o no, pero nosotras lo hacemos ”.



Nacida y criada en Pogue, Oneida nunca fue una mujer viajera. Las múltiples ocupaciones y responsabilidades la embarcaron desde siempre a lugares cercanos entre los ríos Pogue, donde tiene su colino de plátano, el río Bojayá y el río Atrato. Recorrer su propio territorio nunca le cerró los horizontes y, por el contrario, la hizo una mujer de gran inteligencia y de una sabiduría cultivada palmo a palmo en la cotidianidad de su amada selva. Oneida, sin embargo, lamenta los destinos que le negaron muchas oportunidades e incluso una mínima atención cuando más la necesitó. A los ocho años fue picada por una culebra y por falta de una buena atención médica perdió una pierna. Ella recuerda todo un año de arduo trabajo para recuperarse, retomar las fuerzas y enfrentar con solo diez años las tareas que una niña pogueña ya debía realizar, pues como ella narra, desde muy joven tuvo que ayudar en las labores domésticas de su casa y en la crianza de sus hermanos:

“ Soy hija de Dora María Barco y de Pablo Emilio Orejuela. Somos trece hermanos, diez hombres y solo tres mujeres. Yo viví una vida muy juiciosa y mi mamá tuvo mucha confianza conmigo porque yo supe cuidar mucho a mis hermanitos. Ella se iba a trabajar y yo me quedaba en la casa haciéndoles la comida, los bañaba y los vestía desde que tenía diez años ”







Tantas eran sus ocupaciones que aprendió incluso a caminar sin necesidad de muletas, un objeto que luego entraría a formar parte de su vida, cuando en uno de los embarazos sufrió de preeclampsia y perdió al bebé. Después de superarlo, su vida ha sido un ejemplo de fortaleza y creatividad, pese a la negligencia, el abandono, el racismo y la violencia que ha tenido que soportar por la fuerza que actores externos interesados en ocupar su territorio han ejercido contra su tierra, sus ríos y su gente.

Ir al monte, sembrar caña, arroz, criar gallinas, hacer pan, sacar viche, entre muchos otros oficios, fueron el motor con el que le brindó todo lo necesario a sus hijos. Más allá de las dificultades, logró sembrar en ellos un profundo amor por el conocimiento:

**"La gente era muy escasa de recursos, el gobierno no nos ha brindado nada de oportunidad, igual que ahora, y de todas maneras mi hijo logró estudiar, ya es un señor de cuarenta años y todavía sigue estudiando".**

Para Oneida uno de los grandes sufrimientos de su vida, tanto durante el conflicto armado como en tiempos de una paz incierta, tiene que ver con la comida. Ella cuenta que muchas cosas han cambiado desde que sus abuelos llegaron del Baudó a hacer la vida en la punta donde se encuentran el río Bojayá y el Pogue:

“La situación económica de la comida hoy, aquí en el campo, la tenemos más dura. Nosotros antes conseguíamos alimentación sin mayor trabajo porque los hombres se iban a buscar y conseguían la guagua, el armadillo, el venado, el tatabro, también mataban pájaros, mucho pájaro abundante acá en este río. Y la gente con todas esas cosas se suministraba. En este río era muy abundante el chontaduro, el aguacate, la yuca, el ñame, una planta también que se le dice rascadera muy parecida al ñame. Todas esas cosas han desaparecido porque ya la gente no era como antes que se iba para las orillas y allá perdía la semana trabajando, a veces sus quince días, porque entonces la gente tenía el lugar para sembrar todos esos frutos productivos para el sustento de la casa. Hoy se tiene que trabajar es de mano cambiada, ir solo en el día, no quedarse durmiendo en las orillas, porque así no vaya a pasar nada, ya está la zozobra, están las sospechas de lo que nos pasó adelante. Ahora ya los hombres no hacen lo mismo que antes porque ellos tienen mucha zozobra que de pronto se vayan ahí a buscar los animales para el consumo de la casa y no vayan a regresar, porque como estos montes anteriormente fueron minas nosotros no podemos saber si por ahí quedó alguna mina sembrada o que no la hayan sacado, uno como no tiene con qué darse cuenta dónde está ni dónde fue, entonces por todas esas cosas también carecemos de alimentación, por la zozobra”.

**“La situación económica de la comida hoy, aquí en el campo, la tenemos más dura. Nosotros antes conseguíamos alimentación sin mayor trabajo”.**



Insistir en trabajar la tierra es una de las tareas cotidianas de Oneida. Tiene su plátano, plantas de azotea y cuida con celo unas semillas de arroz para ver cuando tiene la posibilidad de sembrarlas. Pero Oneida también es cantadora y su amor por el campo y los oficios que este implica no logra sintonizarse en muchas ocasiones con sus labores relacionadas con el arte del canto. Una de sus angustias tiene que ver con el deseo de mantener estos dos oficios. Dejar abandonado el colino y la parcela cuando la invitan a cantar es una decisión dura, sin embargo, ella trata de coordinar sus tiempos, sobre todo porque sabe que su acompañamiento al grupo de alabadoras es indispensable en momentos clave para la comunidad bojayaseña, como en la primera firma de los Acuerdos entre el gobierno del expresidente Juan Manuel Santos y la antigua insurgencia Farc-EP que se realizó en Cartagena en septiembre de 2016, o la exhumación de los muertos de la masacre del 2 de mayo del 2002 llevada a cabo en mayo de 2017.



Oneida es reconocida por su capacidad para componer los que hoy se conocen como "cantos nuevos". Recuerda que desde el momento en que "abrió el ojo" escuchó a las más viejas cantar. Explica que la fuerza del canto en su pueblo se debe al trabajo del cuidado de los muertos realizado por las mujeres como herencia de la sabiduría de sus ancestros del Baudó, dice ella que en esa región "todo muerto tiene su cántico".

“Ella comenzó a cantar a los quince años, recuerda que de niña solo se dedicaba a escucharlos en los velorios cuando acompañaba a su madre, pero llegó el momento en que el corazón ya no le aguantaba las ganas de cantar y comenzó a responder”.

Ella comenzó a cantar a los quince años, recuerda que de niña solo se dedicaba a escucharlos en los velorios cuando acompañaba a su madre, pero llegó el momento en que el corazón ya no le aguantaba las ganas de cantar y comenzó a responder "Y no me quedaba callada". Como compositora tiene además un fuerte sentido político, para ella el canto es un puente, un medio para transmitir las experiencias vividas como mujeres atrateñas frente a violencias históricas y en medio del conflicto armado.

Su canto es el grito ante la injusticia y el silenciamiento que lleva muchos años invadiendo los ríos atrateños. Ella recuerda que la necesidad de cambiar las letras de los alabaos tradicionales aparece incluso antes de la masacre del 2 de mayo de 2002 en Bellavista, por ejemplo, cuando se luchó por la Ley 70, que reconoció la propiedad colectiva de la tierra por parte de las comunidades negras. Fue ahí cuando sintió la necesidad de componer versos que narraran todo lo que implicó semejante logro político. Para Oneida el canto es entonces una manera de hacer escuchar y transmitir las alegrías, tristezas, logros, dolores, pérdidas y anhelos de su pueblo "Ha sido mi herramienta para contar lo que pasaba, lo que sentíamos, para decirle al gobierno que no queremos más violencia, que queremos la paz, una paz que venga de corazón, no como ahora que siguen los rumores de la guerra".





El conocimiento que Oneida tiene sobre los cantos y los ritos mortuorios es vital para el momento que vive su pueblo. En tiempos de transiciones políticas, este rol parece haberse intensificado. Cantar en actos de perdón, firmas de acuerdos, marchas para defender la paz y el proceso de exhumación e identificación de los familiares fallecidos en la masacre, hace parte de los nuevos lugares y oficios que Oneida ha asumido. En parte, desear el canto y sentirse complacida con él también habla de los escenarios que este ha ofrecido para que las mujeres disputen poderes y realicen acciones colectivas desde sus oficios:

“ Yo desde el canto he sentido satisfacción, porque creo que estos alabaos se están escuchando por otras partes para que otros sepan que nosotros hemos sentido dolor y que lo que hicieron los actores armados no fue cosa fácil para nosotros. Como nosotros no tenemos una comunicación directamente con ellos, por eso es que hacemos esos alabaos, a ver si alguna vez le llega al rincón del mundo donde ellos están, a los que hicieron las cosas y que sientan lo que nosotros estamos sintiendo, y que no olvidaremos esos seres queridos que se nos fueron. Por eso es que hemos hecho esos alabaos ”







---

Para ella, sin embargo, esto significa una contradicción constante. A pesar de la enorme visibilidad política y mediática que ha ganado el grupo de alabadoras, en el día a día las tareas, necesidades y precariedades siguen siendo las mismas. La diferencia es que hoy tienen menos tiempo que antes para ocuparse de, por ejemplo, sembrar su comida y contribuir con algún trabajo a la subsistencia de su familia.

Frente a esta situación, Oneida piensa en su vejez, en la vida que no es fácil en su tierra y en las posibilidades que su talento le ha abierto. Sabe que no es sencillo, pero no quiere dejar de soñar. Cree en su capacidad para componer y poner cantos y espera que algún día esa virtud pueda servirle para ganarse el sustento y no depender de nadie “Dios me ha permitido que publique mi canto, y yo tengo la esperanza de que algún día eso me ayudará a sustentar”. Por eso la expectativa de Oneida es que el grupo de cantadoras se fortalezca y que los proyectos que buscan hacer visible su oficio les permitan encontrar alternativas para vivir del canto o, por lo menos, que este y los nuevos escenarios que propone se puedan sintonizar con los demás oficios que demanda hacer la vida digna en su pueblo.

# Eugenia Celestina Palacio

La tierra y el canto son dos grandes pasiones de Eugenia Celestina Palacios. Al preguntarle sobre su vida, cuenta con entusiasmo historias sobre la siembra, las parcelas y la cosecha de alimentos a orillas del río Pogue. Habla también acerca del canto de alabaos en su pueblo, de las mujeres y los hombres que llegaron cantando en las migraciones afro del Baudó que se asentaron allí en la primera mitad del siglo XX. Tanto en la tierra como en el canto se establecen múltiples políticas de lo íntimo y de lo público. Diversas luchas cotidianas, silenciosas y sonoras, subjetivas y colectivas, se establecen desde estos ámbitos de la vida de Eugenia y de muchas otras mujeres en Pogue. La tierra y el canto. El espacio y el cuerpo. El cuidado material y el cuidado simbólico.



# “Eugenia cuenta su niñez en Pogue como una etapa de crecimiento y aprendizaje a través del trabajo en el campo”.

Eugenia cuenta su niñez en Pogue como una etapa de crecimiento y aprendizaje a través del trabajo en el campo. Su papá cosechaba maíz, arroz y plátano y le enseñó este oficio agrícola y el amor por la tierra. Además de participar en la siembra, ella también preparaba biscochos y los vendía para obtener algunos recursos adicionales

Otro de los aprendizajes en la infancia de Eugenia fue la preparación del viche, un licor artesanal producto de la caña. Esta actividad implicaba toda una relación con la tierra, pues la caña había que sembrarla, podarla y cortarla a tiempo. A partir del sembrado se formaban estrechos lazos comunitarios entre las mujeres que cultivaban y cosechaban sus cañaduzales en un lugar llamado La Isla. Se trataba de una verdadera isla en el río, muy cerca del pueblo, donde ellas tenían sus diferentes parcelas. Todo el proceso de preparación del viche se hacía colectivamente, desde el cuidado de la siembra hasta la molienda para sacar el guarapo y luego cocinarlo para obtener las mieles para la destilación. En todas estas actividades se cambiaban manos y se estrechaban los vínculos comunitarios. Eugenia recuerda que antes había trapiches de palo que eran construidos con masas de madera puestos verticalmente para moler la caña y funcionaban con tracción humana, luego llegaron los trapiches de rueda con un mecanismo más tecnificado -eléctrico o de combustible- y con rodillos horizontales. Pero con el tiempo los trapiches de Pogue se han acabado y con ellos la producción comunitaria, ahora el más cercano queda en la comunidad de Cuía, retirado del pueblo.





Eugenia reconoce toda la autonomía que le ha dado su trabajo con la tierra en lo espacial, en lo económico, en lo alimentario. En definitiva, ella se ha podido mover por el territorio, recorrerlo, conocerlo y habitarlo a través de sus prácticas de cuidado de la tierra. Gracias a la venta de productos agrícolas recibe unos ingresos que luego invierte en el sustento de su familia y en el mantenimiento de las parcelas que tiene en el monte. En ocasiones debe pagar jornales para limpiar los lugares de cultivo o para chapear el monte. Su trabajo agrícola también le brinda los productos indispensables, como el plátano y el maíz. Antes también había arroz, este era producido y pilado colectivamente en el pueblo, pero poco a poco se ha dejado de sembrar y para consumirlo dependen de lo que puedan comprar.





Además de la importancia que tiene el trabajo agrícola en su vida, Eugenia dice que el canto la desvela y relaja. El canto de las mujeres ayuda a mantener despierta a la gente en un velorio, permite lidiar mejor el dolor de la muerte y acompaña al alma en su desprendimiento del cuerpo de este mundo. Es un canto que cuida al muerto y también a los que quedan vivos y lo lloran. Un canto que repara el dolor, que sostiene los cuerpos y los colectivos en su melancolía.

Como cantadora ha viajado con sus compañeras por distintas comunidades de Colombia. El canto la ha llevado a lugares como Andagoya, Cartagena y Medellín. Cantar, al igual que el trabajo de la tierra, ha significado para ella vivir, recorrer y conocer el territorio.

# Máxima Asprilla Palomeque

*La vivencia, es que la vivencia es la que nos tiene vivos. Si uno se queda con la imagen de muerte, la tristeza lo acaba. Y como que uno a la persona esa lástima no, no estoy ahí, yo estoy en la belleza.*

Si hay alguien que conoce la historia sobre cómo llegan y se arraigan los alabados a Pogue es Máxima Asprilla, en su memoria guarda las historias de casi todos los ancestros y ancestras que llegaron al río Bojayá a construir ese pequeño poblado en el que los versos y cantos definen la vida. Desde muy pequeña aprendió que en los pueblos del Atrato todos y todas son una gran familia y, por eso, para rastrear la historia de las comunidades y reconocer la importancia y belleza de sus tradiciones, hay que saber de cuál río vinieron los abuelos y abuelas, quiénes eran los tíos, cuántos maridos tuvo la madre, cuántos hijos el padre, quién fue la comadre de crianza o de qué pariente se heredaron los secretos, las recetas o los cantos.







Reconstruir la historia de su familia es lo que le permitió a Máxima conocer, enamorarse de los alabados y entender el papel fundamental que estos cumplen en la conformación de la comunidad pogueña, como ella misma lo dice “El alabado es una herencia ancestral que viene de generación en generación, porque el alabado en Pogue se ha propagado, porque es algo que va en la sangre de esos ancestros”. En su caso, los primeros recuerdos del alabado vienen de ver cantar a su tío en los velorios y, de vez en cuando, a su mamá, quien solo se animaba a acompañar a su hermano cuando entonaban los versos de *El hermanito devoto*. Pero la herencia del canto viene de más atrás, de su abuelo y las hermanas de este que en el río Quito cantaban también. Así como sabe su historia, ella conoce la historia de cómo muchas de las otras cantadoras importantes como Ereiza y La Negra recibieron la herencia del alabado:

“ Mi abuelo Macario era del Baudó, era hermano de Demetria Palacios y de Estanislada Palacios, sus hermanas eran cantadoras y él era cantador. Demetria es la abuela de Luz Marina y es la mamá de Pacho Cañola, entonces Luz Marina se pegó de su abuela y su papá. Mi abuelo cantaba, pero cantaba más poquito que sus hermanas. Pero bueno, mi mamá era de una herencia de cantadores, pero quien más cantaba era su hermano Rangel Palomeque, que es el papá de Ereiza, entonces Ereiza se queda con esa herencia de su papá

”

Como todas las cantadoras, Máxima aprendió a entonar los alabados acompañando a las mujeres que responden a la voz guía. El coro es la escuela de las niñas y jóvenes que quieren convertirse en alabadoras, allí es donde se afina la tonada, se aprenden las letras, y, sobre todo, se comprende la fuerza sanadora del canto colectivo. Es cantando junto a otras que se entiende el sentido de acompañamiento que brinda el alabado, como describe Máxima “La voz solista es la voz que guía, y el coro le da la fuerza. Porque cuando yo canto sola, es solo mi voz, pero cuando a mí me hacen el coro, me lo van a hacer varias personas y todas esas voces se unen y trasciende”.

Para Máxima, los alabados pueden trascender de muchas formas porque tanto en los espacios públicos como en los íntimos cumplen funciones importantes para el pueblo bojayaseño. Los alabados cuentan historias y hacen un alto en el camino para reflexionar. Cuando se canta para despedir a un pariente, el alabado trasciende para acompañar, se convierte en una extensión del llanto “Uno acá en su Pogue, uno les canta a sus muertos y uno llora, y uno está cantando y uno está llorando”. Pero esta trascendencia cambia cuando se canta para denunciar, cuando se compone y se entona un verso para narrar las afectaciones de la guerra en la vida de la comunidad:

“ Es diferente porque uno canta con mucha fuerza, uno canta con mucha fuerza porque uno le está diciendo es al mundo que en Bojayá nos hicieron esto, en Bojayá nos acabaron, no queremos más esto, no queremos que se repita, y lo estamos haciendo con nuestras propias palabras y lo estamos haciendo a través de una pantalla donde todo el mundo nos está viendo, eso se le pone mucha fuerza, y nos sentimos grandes porque nosotras con eso estamos enseñándole a los otros departamentos qué se hace para ayudar a mitigar esa violencia ”







El canto de alabados no ha sido la única fuente de inspiración para que Máxima hoy sea una lideresa en su municipio y apoye varios procesos comunitarios como el programa de atención a víctimas o las labores organizativas del Comité por los Derechos de las Víctimas de Bojayá. El amor a su comunidad y la insistencia por defender a su pueblo y cuidar las tradiciones e historias fueron enseñanzas de su abuela, quien también se llamaba Máxima. Con orgullo, la recuerda como una mujer grande de muchas virtudes “Esa mujer a las hijas que crío les enseñó a defenderse, les enseñó a estar en sociedad, les enseñó a estar en comunidad, les enseñó a adoctrinar su familia”.

Tratando de no perder esas enseñanzas, una de las apuestas que ella tiene junto a sus compañeras alabadoras es la de motivar a los y las jóvenes de Pogue a aprender a cantar alabado. También, acompaña el proceso de exhumaciones de los muertos de la masacre del 2 de mayo de 2002 iniciado en 2017, aquí, Máxima con su saber sobre las genealogías de las familias bojayaseñas ha hecho un gran aporte para que todos y todas las familiares de quienes murieron aquel día puedan contribuir en el proceso de identificación. Una de sus intenciones en este trabajo es que a los parientes que murieron por “mala muerte” no se les recuerde desde el dolor, sino desde las vivencias que tuvieron y lo que hacían para la comunidad, desde la belleza y la vitalidad que le daban al pueblo.



Pontificia Universidad  
**JAVERIANA**  
Bogotá



Fundación  
Universidad  
de Antioquia



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**



